



Bajo el mismo cielo

En lo más profundo de la Sierra de Atapuerca, en la región de Burgos, se encuentra un lugar que se ha convertido en un símbolo de los misterios de la prehistoria, la Sima de los Huesos. Un yacimiento arqueológico que alberga los restos de antiguos neandertales, una ventana al pasado que ha revelado secretos sobre nuestros ancestros más antiguos. En esta tierra, donde hace cientos de miles de años, resonaron las voces de los primeros homínidos, nace una historia de amor entre dos almas de distintas tribus, una chica neandertal llamada Lya y un chico denisovano llamado Kael.

Hace aproximadamente 100,000 años, en el corazón de la Sierra de Atapuerca, vivía una joven neandertal llamada Lya. Con su melena rojiza y ondulada que caía como una cascada de fuego, y unos ojos azules profundos como el cielo, Lya destacaba entre su tribu de los neandertales de la Sima. Poseía un porte grácil pero fuerte, con cejas pronunciadas que daban un toque de enigma a su rostro. Su piel, de un tono cálido, llevaba las huellas de sus días bajo el sol y las noches bajo un manto estrellado. Lya irradiaba una belleza que trascendía lo meramente físico.

Esta tribu se había asentado en la región desde hace generaciones, y la Sima de los Huesos, el yacimiento arqueológico en el que se encontraban, era su hogar ancestral. En su cueva, rodeada de restos de sus antepasados, Lya hizo un descubrimiento que transformaría su vida. Encontró una piedra de color rojizo que la cautivó. Con determinación, comenzó a esculpirla pacientemente, dándole forma hasta que la convirtió en un bifaz.

Kael, con una complexión atlética y estilizada, piel más clara y ojos rasgados, características típicas de su tribu, vivió en los Montes Altái cuando era un niño. Su tribu se vio forzada a abandonar su lugar de origen debido a las difíciles condiciones climáticas extremas y la constante lucha por la supervivencia. Junto con un clan de alrededor de 40 personas, emprendieron un largo y arduo viaje en busca de mejores condiciones. Después de meses de recorrer tierras desconocidas, finalmente llegaron a Atapuerca, una región rica en recursos naturales, con ríos caudalosos y cuevas que ofrecían refugio seguro. Fue en este nuevo territorio donde Kael y su tribu comenzaron a reconstruir sus vidas, adaptándose a las oportunidades que les brindaba su entorno.

Un día, mientras exploraba las orillas de un río en busca de alimento y refugio, Kael notó un destello mágico en el agua cristalina. Se inclinó con curiosidad para examinarlo más de cerca y allí yacía, en medio del río, una inusual perla de tonalidad rojiza. La perla,

cuyo brillo era tan intenso como las llamas de una hoguera en una noche estrellada, parecía ser un regalo de la naturaleza en medio de su travesía.

Con cuidado, Kael recogió la perla y, sintiendo la magia que irradiaba, decidió incorporarla en un collar. Utilizó las conchas de nácar que había recolectado en sus viajes para crear un adorno único y especial.

Un día, en el corazón del espeso bosque que se extendía entre las comunidades, Lya salió a pasear con su bifaz, su tesoro de color rojizo, único y cargado de simbolismo por su talla y material. Mientras caminaba entre los árboles, se encontró con un individuo de otro clan, un completo desconocido. Este hombre, de aspecto misterioso, la miró fijamente y se quedó absorto ante la belleza de la piedra rojiza. Sus ojos se iluminaron de deseo, y sin decir una palabra, extendió la mano, intentando arrebatarse el bifaz a Lya. La joven resistió, aferrándose a su tesoro con valentía. Forcejearon, elevando la tensión y creando un momento lleno de misterio en el bosque. Los gritos de Lya se escuchaban en la espesura del bosque, pero el hombre no cedía. Fue entonces cuando, desde el interior de la arboleda, surgió un misterioso aliado.

Kael, el joven denisovano de ojos rasgados, que había estado observando la situación desde la distancia. Sin pensarlo, se lanzó hacia el extraño y lo detuvo antes de que llevara el bifaz. Un enfrentamiento tenso y una lucha momentánea se desató entre los tres, creando un giro inesperado en un día que parecía que sería normal. La situación se volvía más misteriosa a medida que se desvelaban los motivos del extraño y la conexión entre Lya y Kael se tornaba aún más enigmática. Con un último esfuerzo, Kael logró liberar el bifaz de las manos del desconocido, quien, derrotado, retrocedió en la penumbra del bosque. El eco de los gritos de Lya se desvaneció, dejando tras de sí un silencio que marcaba la victoria inesperada de Kael bajo las sombras de los árboles centenarios.

Ambos llevaban consigo los objetos que habían creado con sus propias manos. Pero Kael, que nunca había visto a alguien con cabello rojizo y ojos de un azul tan claro como los de Lya, lo dejó asombrado y cautivado por su singular belleza. Ambos sintieron una curiosidad innata y una atracción inexplicable, el aspecto físico, el enigmático bifaz y la perla rojiza mágica.

A medida que compartían historias sobre sus tribus, sus objetos especiales y su vida en la sierra de Atapuerca, la curiosidad mutua se convirtió en un entendimiento más profundo. A través de conversaciones en un lenguaje único que solo ellos entendían, se revelaron sus sueños, esperanzas y temores. Sin embargo, sus familias se oponían a esta relación debido a diferencias culturales y físicas, miedo a la división de los clanes, prejuicios y

estereotipos, o temor a lo desconocido. A pesar de los obstáculos, estaban decididos y a arriesgarlo todo.

Mientras la relación entre los jóvenes crecía a escondidas, y se fortalecía, Lya se dio cuenta de que estaba embarazada. Kael sabiendo que se debía enfrentar a la resistencia de su clan, decidió hablar con los ancianos y líderes de su tribu y solicitar su permiso y comprensión. Se reunieron los miembros más destacados junto a Kael en círculo, alrededor de una fogata, donde argumentó que los objetos ancestrales y sus materiales mágicos, que habían creado, estaban conectados con sus ancestros. El milagro de que Lya quedara encinta había permitido que dos grupos diferentes pudiesen procrear. Esta combinación de dos linajes era un acto único que, según Kael, había sido permitido por sus ancestros.

Los jefes y ancianos de las dos tribus se reunieron para discutir la situación. En el lugar de encuentro, un espacio sagrado en el corazón de la Sierra, las hogueras crepitaban bajo el cielo estrellado, y la atmósfera estaba cargada de tensión. Los líderes de ambas tribus compartieron sus preocupaciones y opiniones sobre la relación de Lya y Kael. Después de largas discusiones, aceptaron la unión de Lya y Kael. Sin embargo, establecieron condiciones: los denisovanos querían que la criatura se llamara Denny, mientras que los neandertales deseaban que Kael rindiera homenaje a los ancestros neandertales.

Como Lya y Kael deseaban unir a sus tribus y mostrar su compromiso, sugirieron una ceremonia conjunta. Decidieron ofrecer sus objetos especiales, el bifaz de Lya y el collar de Kael, a los ancestros como muestra de respeto y amor.

En la oscuridad de la Sima de los Huesos, Lya y Kael, con lágrimas en los ojos, tomaron juntos la decisión de lanzar los objetos al abismo. Cuando el bifaz de Lya y el collar de Kael tocaron el suelo, un eco ancestral pareció resonar en sus corazones. Sintieron como si los espíritus de sus antepasados los bendijeran y aceptaran su unión. Cerraron los ojos, por un momento, sintiendo una conexión profunda con el pasado y el presente. Sus lágrimas, mezcla de alegría y emoción, caían sobre las piedras antiguas de la Sima, como lágrimas de gratitud hacia sus antepasados. Comprendieron que su amor era un puente que podría unir a gran parte de los humanos en el futuro, recordándoles que compartían la misma herencia y estaban unidos por el mismo cielo.

Esto los guiaba hacia un mundo más amable.